

La guerra silenciosa de espías y exiliados

Por JIM MCGEE
Redactor de El Miami Herald

6-13-83-1

Las Guerras de los Espías Cubanos, primer episodio: Los exiliados en Miami planean asesinar a Fidel Castro durante la visita de éste en 1979 a Naciones Unidas. Reclutan a un tirador certero de California, con dientes prominentes, le entregan un rifle Remington .222 con mirilla telescópica y lo esconden en un sótano de Manhattan. El Servicio Secreto de Estados Unidos interviene.

Las Guerras de los Espías Cubanos, segundo episodio: Los agentes de Castro planean en 1969 colocar interferencias telefónicas dentro del combinado presi-

dencial de Richard Nixon, en Key Biscayne. La Oficina Federal de Investigaciones (FBI) interviene.

Las Guerras de los Espías Cubanos, tercer episodio: Los exiliados cubanos en Miami proyectan atacar un puesto naval en Cuba con tres embarcaciones y un cañón de 50 milímetros. El Servicio de Aduanas interviene.

Las Guerras de los Espías Cubanos, cuarto episodio: Agentes soviéticos en La Habana escuchan subrepticamente por medios electrónicos conversaciones telefónicas en Miami. Nadie interviene. Sucede a diario.

Día tras día y año tras año, los cuba-

nos espían a los cubanos. Los espías de Castro desde la Habana y los exiliados cubanos en Miami, libran su silenciosa e interminable guerra de confabulaciones, tramas y traiciones, la mayor parte de las cuales, según la comunidad de inteligencia norteamericana, son tontas y sin consecuencias.

En la mayoría de los casos, el FBI se muestra muy deseoso de permitir que los espías cubanos se infiltren en los grupos anticastristas, en parte porque el FBI logra a veces convertir a esos espías en confidentes o agentes dobles.

Pero a veces las cosas se tornan mortí-

Continúa en la página 12

Investigación sobre terrorismo

Esta información es el tercero de una serie de artículos basados en una investigación del Herald sobre el terrorismo anticastrista, las actividades de los agentes de la inteligencia cubana y la reacción de las autoridades estadounidenses.

La primera información, publicada el 16 de enero, trató

sobre el grupo terrorista Omega 7 e identificó a su líder, Eduardo Arocena. La segunda, publicada el 10 de abril, reveló pruebas hasta entonces secretas acerca del atentado terrorista de 1976 contra el entonces director de noticias de la emisora de radio WQBA, Emilio Milián.

Espías de Castro en guerra con exiliados

EU intervino en complot contra Castro

VIENE DE LA PAGINA 1

feras y la realidad de la guerra de espionaje en el sur de la Florida se sale de las sombras.

Aquí exponemos por primera vez varias historias de sucesos ocurridos tras bambalinas en las Guerras de los Espías Cubanos que llegaron peligrosamente cerca de salir a la luz. Casi nadie, particularmente los funcionarios norteamericanos, desea hablar de ellos.

En el otoño de 1979, Fidel Castro decidió hablar ante Naciones Unidas en Nueva York. Era su primera visita a Estados Unidos en 19 años. Un grupo de exiliados cubanos en Miami deseaban que también fuera su última visita.

Hablaron de cómo darle muerte a Castro.

Mucho antes de la llegada de Castro, señalada para el 8 de octubre, Andrés Nazario Sargén, que ahora tiene 61 años, el arrugado y espigado líder de Alpha 66, se sentó junto a otro miembro activo del movimiento anticastrista, Antonio Veciana.

"Ibamos a preparar dos complots", reconoció Veciana a los periodistas del Herald en reciente entrevista.

Veciana indicó que para uno de los planes preparó explosivos plásticos C-4, de manera que lucieran como pelotas de baseball. Dentro de cada pelota colocó un detonador de contacto.

Agregó que entonces encontró a una mujer que odiaba a Castro. Ella estuvo de acuerdo en ser la asesina.

Aunque Veciana habla de su participación en el plan, rehusó identificar a la mujer.

Inicialmente Veciana pensó que la mujer podría lanzar las bombas de baseball bajo el auto de Castro, cuando éste iba al edificio de Naciones Unidas en Nueva York.

Otro plan consistía en matar a Castro durante un juego de baseball. Los exiliados en Miami oyeron decir que Castro esperaba presenciar un juego de Grandes Ligas entre los Piratas de Pittsburgh y los Orioles de Baltimore, en el Three Rivers Stadium.

La idea era vestir al asesino durante el juego de baseball como si fuera un vendedor de Coca Cola, para que tirara las bombas dentro del palco de Castro.

El segundo complot, dirigido por Sargén, era más convencional: Un asesinato al estilo de Dallas con un rifle de alta potencia.

Veciana y Sargén reclutaron a Humberto Pérez, de 36 años, frustrado anticastrista que vivía en San José, California, quien estuvo de acuerdo.

"Yo era el tirador principal", dijo Pérez al Herald en una entrevista grabada.

Pérez había luchado en la invasión de Bahía de Cochinos a los 17 años. Hombre fornido de dientes prominentes, Pérez trabaja ahora como empleado de mantenimiento en Miami.

Podría haber habido más de una arma. Había disponible un Winchester 30.06. Se mencionó un M-1. Pero Pérez dijo que el arma que deseaba era una Remington con mirilla telescópica, calibre .222.

El capítulo de Miami de Alpha 66, desde su oficina en la calle 36 del N.W., decidió ocuparse de que el rifle estuviese esperando a Pérez cuando éste llegara a Nueva York.

"Estuvo muy bien planeado", dijo Sargén. "Puede estar seguro de eso".

Pero los exiliados no lo habían planeado con suficiente cuidado. Con lo que no habían contado fue con la infiltración de un espía de Castro. Tampoco, esperaban represalias antes de la visita de Castro.

La noche del 21 de septiembre de 1979, 10 días antes de la fecha fijada para la llegada de Castro, Veciana salió de su trabajo, en una tienda de artículos de navegación. Tomó su camino habitual rumbo a su casa, en el noroeste de Miami.

A cuatro cuadras de la puerta de su casa, Veciana, que ahora tiene 54 años, notó un auto estacionado con una oscura figura al timón. Un instante más tarde, cuatro atronadores disparos de un arma corta calibre .45 se proyectaron en la parte derecha de la puerta de entrada.

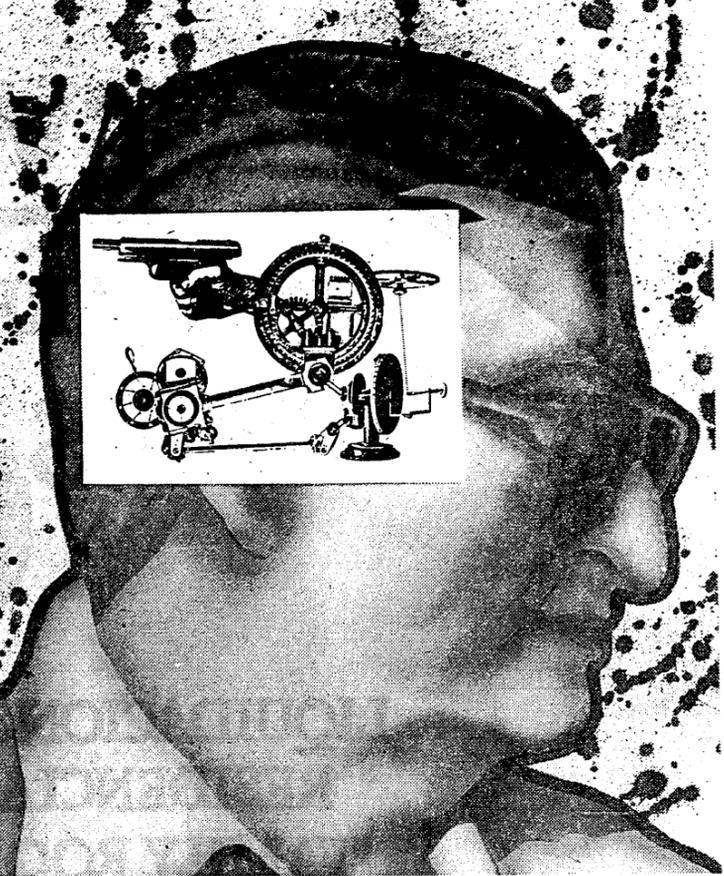
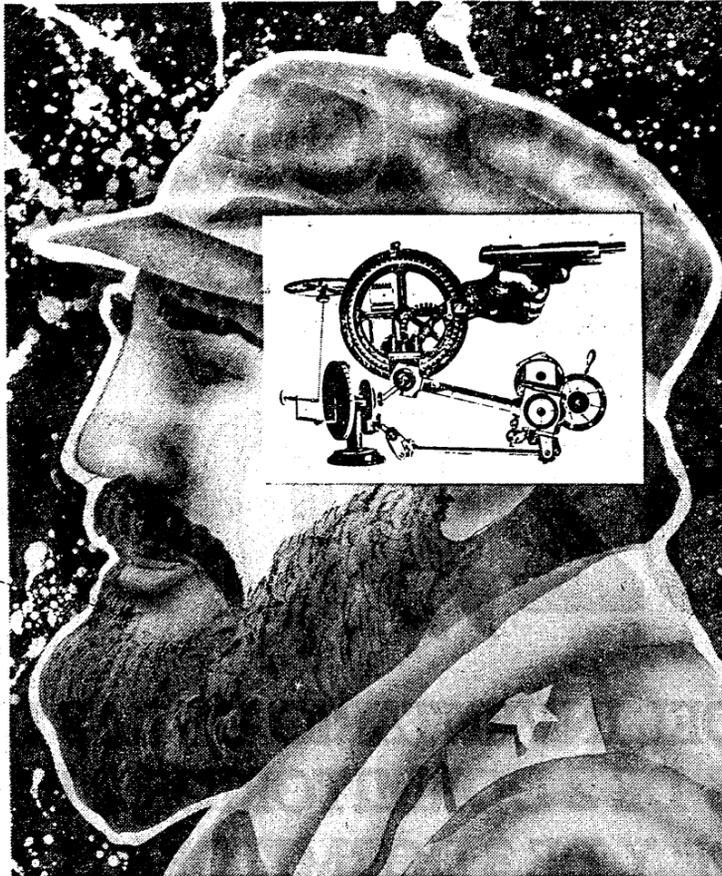
Un fragmento de bala hirió a Veciana en el cráneo, sobre la oreja izquierda. El auto del atacante se perdió a toda velocidad por la esquina.

Tendido esa noche en una cama de hospital, agitado pero en condición estable, Veciana dijo a la policía lo que desde entonces ha mantenido: "Creo que Cuba estaba tratando de matarme porque sabía que elaborábamos un plan para matar a Castro en Naciones Unidas".

Puede que tenga razón. Las pruebas balísticas demostraron más tarde que el arma usada para disparar contra Veciana fue la misma que había herido dos meses antes a otro militante anticastrista, Reinol Rodríguez.

Un agente de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI) dijo a la policía que Rodríguez fue herido en represalia por sus actividades anticastristas. El agente manifestó que parecía estar desarrollando una "guerra particular" entre procastristas y anticastristas.

El ex fiscal federal auxiliar Jerome Sanford, quien entonces dirigía un equipo especial antiterrorista, expresó que otros dos agentes del FBI en Miami le dijeron que el atentado a Veciana fue "en



HELEN BAFFES/EI Miami Herald

su opinión, un ataque cubano, o una acción llevada a cabo por la gente de Fidel. Estaban muy convencidos de que eso había sido".

El baneo de Veciana no frustró el plan contra Castro.

Y los espías de Castro en Miami estuvieron entre los primeros en comprenderlo. Poco antes de la planeada visita, el gobierno cubano, oficial pero secretamente, avisó al Servicio Secreto de Estados Unidos sobre el plan de Alpha 66 de dispararle a Castro.

Y fue así como la noche antes de la fecha fijada para el arribo de Castro, agentes del FBI y del Servicio Secreto visitaron a Sargén, Pérez y otros siete compatriotas, en un apartamento en Manhattan.

"Teníamos un sótano" contó Sargén. "Habíamos organizado un pequeño campamento".

Pérez, por su parte, recordó: "Unos 30 agentes del FBI rodearon el lugar. Me estaban buscando".

Y lo encontraron.

Pérez dijo que otros agentes registraron su casa en California, y confiscaron explosivos. Al día siguiente, Pérez estaba a bordo de un avión que lo sacaría de Nueva York.

Castro llegó una semana después de lo fijado. No asistió a ningún juego de béisbol y permaneció en Estados Unidos sólo tres días, no cinco o hasta diez como se había dicho.

Nadie lanzó ninguna bomba C-4 en forma de pelota de béisbol.

"No hubo oportunidad", comentó Veciana.

El FBI jamás acusó a nadie de crimen alguno.

No fue hasta que los reporteros del Herald confrontaron a los exiliados en entrevistas recientes que éstos reconocieron su participación en los planes de asesinato.

Un diplomático cubano destacado en la embajada de Checoslovaquia en Washington negó que ellos hubieran tenido participación en el atentado a Veciana. El gobierno cubano "no envía escuadrones de la muerte para matar a personas en el extranjero", insistió.

Eso puede que sea cierto y puede que no. Pero a veces, los espías de Castro ponen realmente muy nerviosos al FBI.

Hace catorce años, el FBI evitó que espías cubanos escucharan clandestinamente las conversaciones en la residencia en Key Biscayne del presidente Richard Nixon.

La historia comenzó en 1967, cuando agentes de aduanas encarcelaron a un exiliado anticastrista en Miami. Lo apresaron en una embarcación frente a las costas de Key Biscayne cuando partía para una misión en Cuba. Un juez federal lo envió a prisión.

Cuando salió de la cárcel, el exiliado estaba decepcionado de Estados Unidos por su arresto y decidió regresar a Cuba.

Para ello necesitaba un visado de los representantes cubanos en la embajada checoslovaca en Washington.

Los agentes de inteligencia de Castro comprendieron que tenían un recluta potencial e hicieron un trato con el exiliado: podría regresar a Cuba si los ayudaba en una misión en Miami.

Durante una serie de reuniones a las que asistió el tercer secretario de la misión cubana en Naciones Unidas, Lázaro Espinosa, el exiliado fue enterado de su misión: encontrar la forma de situar artefactos electrónicos para escuchar furtivamente las conversaciones en el interior de la residencia de Nixon en Key Biscayne.

El exiliado aceptó intentarlo.

La forma precisa en que se llevó a cabo el plan, y fue descubierto sigue siendo material clasificado como estrictamente confidencial en los archivos de contraespionaje del FBI. Este recuento está basado en conversaciones con algunas de las personas involucradas.

Identificar ahora al exiliado podría poner en peligro su vida, ya que el hom-

bre todavía vive en Miami.

En algún momento, el FBI detectó el plan, que fue tan desfachatoado como cualquiera de los complots auspiciados por la CIA contra Castro, como en el caso del agente que trató de dejar sin barba a Fidel. O cuando trataron de envenenar sus alimentos. O de dispararle con una pistola oculta dentro de una cámara de televisión.

El FBI se tomó el plan de Key Biscayne muy en serio.

Tras intensas averiguaciones, los agentes, tranquila pero enérgicamente, confrontaron al exiliado convertido en espía con pruebas de su espionaje.

El exiliado comprendió que lo habían agarrado y cuando los agentes del FBI lo apresaron, dió un giro y aceptó cooperar con las autoridades estadounidenses, entregando los artefactos electrónicos que iban a ser utilizados y que había guardado en la pared, detrás de un botiquín, en su casa de Miami.

Con esta prueba contundente en su poder, las autoridades estadounidenses le emprendieron contra Espinosa y lo declararon persona non grata, enviándolo de regreso a Cuba.

Un vocero del Departamento de Estado declaró a la sazón en forma enigmática que Espinosa había sido expulsado por tratar "de reclutar a un refugiado cubano para una misión relacionada con la seguridad de la oficina del Presidente".

El exiliado jamás fue encausado.

Funcionarios estadounidenses consideran que a los agentes de Castro les resulta fácil trabajar en Miami. Les es fácil entrar al sur de la Florida, mezclarse en La Pequeña Habana y unirse al movimiento anticastrista.

La mayor parte de los agentes de Castro, como los que fueron enviados durante la flotilla del Mariel, no son exactamente maestros del espionaje.

"Aquéllos que convertimos [en informantes del FBI] nos han dicho que su misión principal es infiltrarse en el movimiento anticastrista", expresó el agente a cargo de la oficina del FBI en Miami durante la flotilla del Mariel, Arthur Nehrbrass.

Incluso antes del éxodo del Mariel, los espías de Castro se infiltraban hábilmente en los más violentos grupos terroristas anticastristas de Miami y frustraban sus planes.

Un caso clásico, que nunca antes ha aparecido en letra impresa, ocurrió en 1977.

Era una época de alevoso renacer del terrorismo anticastrista. Exiliados radicados en Miami habían hecho estallar una bomba en un avión de la aerolínea Cubana de Aviación, matando a 73 personas. Casi a voluntad hacían atentados y tiroteaban a diplomáticos cubanos en todo el hemisferio.

El caso de Víctor Manuel Quesada subraya la destreza con que el gobierno cubano respondió.

Quesada, de 33 años, teniente de la Fuerza Aérea de Castro, pretendió desertar de la fuerza militar cubana en Angola.

El 8 de abril de 1977, Quesada se introdujo en un avión 747 portugués, vestido con uniforme de campaña y portando una pistola, según los relatos publicados.

Hombre delgado y de pelo negro, Quesada se agazapó tras grandes cajas de carga marcadas "Lisboa". Tranquilamente esperó a que los motores del enorme avión se pusieran en marcha.

Veinte minutos después del despegue, un tripulante descubrió al polizón. Sin ofrecer resistencia, éste pidió hablar con el capitán de la nave. Declaró que quería asilo diplomático.

Agentes de la policía militar portuguesa lo detuvieron a su llegada a Lisboa. Este dijo ser segundo teniente y desertor de las fuerzas armadas cubanas.

Aseguró a un periodista portugués que estaba desencantado con la intervención

de Cuba en Angola y harto de la represión castrista.

"Mi gente vive en un ambiente de temor", afirmó.

Expresó que estaba preocupado por su esposa y sus dos hijos, que aún estaban en Cuba. Pero agregó: "Tengo posibilidades... en Estados Unidos, donde hay muchas colonias cubanas".

Las autoridades portuguesas dejaron en libertad a Quesada al cabo de 19 días. Dos meses después, llegaba a Miami. Los exiliados de La Pequeña Habana le hicieron un recibimiento de héroe.

Aquí, CORU, coalición de grupos terroristas, había demostrado ser peligrosa y decidida. Había sido relacionada con una lista cada vez mayor de atentados.

Si la red de inteligencia de Castro tenía un blanco altamente prioritario, tenían que ser los grupos ligados al CORU.

Lógicamente, CORU también era un objetivo de los agentes del FBI y de Aduanas. El gobierno de Carter se había comprometido a sofocar el terrorismo.

Uno de los principales objetivos: Armando López-Estrada, presentado como "totalmente dedicado al terrorismo" en un informe de 1976 del FBI. Las autoridades sospechaban que era parte de CORU. El Herald no pudo localizarlo en 1983.

López-Estrada quería atacar la posta del gobierno cubano en Cayo Piedón Grande, cerca de la extremidad oriental de Cuba, en 1977.

Reunió a seis hombres, tres velozes lanchas y una reserva de armas, específicamente, un cañón de .50 milímetros, un cañón de .20 milímetros, una ametralladora calibre .50, una ametralladora calibre .20 y numerosas armas cortas, rifles semiautomáticos y cajas de balas.

Planeó un ataque por sorpresa contra una faro y tenía esperanzas de hundir una lancha patrullera cubana normalmente atracada cerca.

Por su cuenta, agentes federales en Miami se enteraron del plan. El gobierno creó un grupo especial de trabajo de 40 hombres para detenerlo.

El FBI identificó a ocho "posibles participantes" en un informe de mediados de julio. Entre los confabulados: Víctor Manuel Quesada-Caballero, el supuesto desertor.

Con increíble rapidez, Quesada se las arregló para infiltrar a los atacantes ligados a CORU en sólo tres meses. Los agentes del FBI sospechan que no fue un accidente.

¿Cómo lo hizo?

Se hizo amigo de miembros de los grupos anticastristas y según dijo Pedro Gil, otro de los futuros atacantes, expresó un "furiado deseo de atacar a Cuba".

Los confabulados lo aceptaron con los brazos abiertos. Supusieron, incorrectamente, que la CIA interrogaba y "daba el visto bueno" a todos los desertores.

Mientras tanto, el grupo especial de trabajo tenía bajo vigilancia continua al grupo de López-Estrada. Contaba con sus propios informantes entre los atacantes.

Entonces, el 6 de julio, sin explicación, Quesada desapareció.

López-Estrada, que no sospechaba nada le telefonó a un investigador antiterrorista a la Oficina del Crimen Organizado (OCB) de Metro-Dade.

Dijo que necesitaba ayuda, "en su intento de localizar a un amigo que había desaparecido". No se podía explicar por qué Quesada había desaparecido, dejando toda la ropa menos un traje.

Quesada infiltró a los atacantes, estudió sus planes de invasión y desapareció.

Para los investigadores federales, la misteriosa desaparición de Quesada fue poco más que una nota marginal.

Luego, escasamente tres semanas después, otra sorpresa.

Un diplomático cubano ante Naciones Unidas hizo contacto con Culver Glysteen, diplomático estadounidense, a la sazón asignado a la sección cubana del departamento de Estado.

Se entrevistaron secretamente en el hotel Shelburne de la avenida Lexington y la calle 36 de Manhattan.

Fue allí donde el gobierno de Castro informó al gobierno norteamericano lo que tramaban exactamente López-Estrada y sus atacantes.

Los cubanos describieron a las personas involucradas, la preparación del ataque, la embarcación, las armas, las frecuencias de radio y el posible blanco. Incluso supieron lo que cada atacante llevaría en su mochila.

Lógicamente, el plan de ataque de los exiliados no fue secreto alguno para la inteligencia cubana.

Poco después de la reunión en Nueva York, un documento clasificado "Secreto/Sensible" llegó a Miami. Explicaba todo.

Los agentes federales aquí se quedaron maravillados. De hecho, parecía que la inteligencia cubana había obtenido mejor información interna.

"Creíamos que sabíamos lo que sucedía hasta que lo leímos", dijo un agente involucrado en el caso. "Había más detalles allí de los que nosotros teníamos y nosotros teníamos un hombre dentro".

El gobierno de Carter, que tan enfáticamente había condenado el terrorismo, no tenía otro camino. Y los espías cubanos sabían cómo utilizar las leyes antiterroristas norteamericanas para derrotar a sus enemigos en el exilio.

El 15 de agosto de 1977, los agentes federales en Miami arrestaron a los atacantes. Ocuparon tres embarcaciones, confiscaron el arsenal y presentaron acusaciones. En la corte, los abogados de la defensa sostuvieron que la CIA había alentado tácitamente el ataque.

El noticiero de la CBS presentó un programa especial sobre el grupo de López-Estrada, apodándolo "El Ejército Secreto de la CIA".

Los atacantes nunca fueron encarcelados. El caso se vino abajo cuando un juez federal exigió a los fiscales pruebas de que el gobierno norteamericano estaba en paz con Cuba.

¿Y Quesada?

Las autoridades norteamericanas suponen que volvió a Cuba. El gobierno de Castro no dice nada.

Varios meses después, un exiliado cubano presentó una foto de Quesada en Cuba, supuestamente tomada por un amigo.

Ahí estaba, de pie junto a su familia, a la sombra de un árbol.

La última moda en las Guerras de los Espías Cubanos descansa en técnicas modernas: escuchar secretamente las llamadas telefónicas en Miami. Prácticamente nadie está dispuesto a decir cómo funciona esto. Una de las razones es que la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos hace los mismos trucos a Cuba.

Pero privadamente, funcionarios norteamericanos dicen que desde un centro cubano supersecreto donde se recogen datos de inteligencia, los técnicos soviéticos pueden captar señales telefónicas de microonda de la atmósfera encima de la Florida.

Un enorme centro de inteligencia, el mayor de su género fuera del bloque soviético, está a corta distancia de La Habana. Varios funcionarios norteamericanos consideran que tiene capacidad para monitorear llamadas de larga distancia a y desde Miami.

Estiman que unas computadoras de fabricación soviética pueden registrar ciertas frases y escuchar números telefónicos determinados, grabándolo casi todo.

Cuando los agentes del FBI hablan por larga distancia desde sus teléfonos de Miami, nunca hablan abiertamente de nada importante. Suponen que los técnicos soviéticos sentados en Cuba escuchan cada una de sus palabras.

Los redactores de El Miami Herald Jay Ducassi y Luis Feldstein Soto contribuyeron a este reportaje.